

Jeremías Gamboa

Ojos de Pinina

–Ha pasado más de media hora y aún no acabas –me regaña la gorda, mirando con rabia la batea en que tengo metidas las manos.

–Falta poco –le digo, y cuando voy a añadir algo más un temblor me quiebra la voz.

Ella también va a decir algo pero se abstiene, tal vez por pena. Una vez que se va me doy cuenta de que quizá haya sido por el estremecimiento. No se me ha ido: ahora está en mis dedos. Los miro temblar al picar con los palos de caña los pocos trozos de carne aún esparcidos sobre el plástico, llenarse de cólera. Sé que mi mujer se ha ido pensando lo de siempre: “es un inútil, un total inútil”, y eso le ha dado una victoria que me obstruye el pecho: es cierto que he estado muchos minutos intentando ensartarlo todo velozmente y que me ha sido difícil avanzar. Nos habíamos quedado cerca de una hora enlazando las carnes los dos, en silencio, y pensaba que ambos íbamos a acabar con todo. De pronto ella separó lo que llamó su parte y me dejó solo, lidiando con los corazones. Desde entonces he hecho lo que he podido. Nunca

había enfrentado un trabajo así, y ella lo sabía. No es que sea un inútil.

Vuelve a mirarse y a voltearse. Tengo ganas de levantar la voz y decírselo, arrojar los anticuchos crudos delante de ella y protestar, pero algo más fuerte que todo mi orgullo me hace pensar que sería insensato en nuestras condiciones. Sé que para mi mujer sus sacrificios serán de lejos más importantes que los míos; ella es, finalmente, quien ha trozado la carne, ha acopiado todos los tasajos dentro de la batea en que lava la ropa y se ha inmolado subiendo cada uno de los peldaños de la escalera hasta llegar a la azotea, en el segundo piso, sosteniendo su carga a duras penas como el elefante mal amaestrado de un circo a la miseria. Contra todos sus años y su peso ha salido a espulgar lo necesario entre la pestilencia de La Parada, discutiendo a boca suelta con las caseras, esquivando carretillas de mano, ladrones, autos. Como premio a todos sus esfuerzos resbaló sobre uno de los charcos que hay entre los puestos de carne y su rodilla aguantó el lastre de toda su humanidad. Llegó ensopada de sudor, coja, amarga contra todos y en especial contra mí, como si fuera el responsable de toda su desgracia. Yo estaba despatarrado sobre una de nuestras pocas sillas, tomando una gaseosa. Cuando me acerqué a darle un beso me esquivó. Su pelo olía a metal.

–No deberías pasarte la mano por la cabeza después de coger las manijas del micro –le dije.

–Ése es mi problema –respondió.

No dejaba de mirar fijamente el suelo.

–No tienes que ponerte así –le dije.

Me empujó:

–Cállate y ayuda.

Perdí las ganas de decirle todo cuanto había hecho en su ausencia. Desde muy temprano, por ejemplo, había recibido

al camión de las cervezas. Legañoso aún, guié a los muchachos del depósito a través de la escalera exterior de nuestra casa para acomodar entre todas las cajas dentro del cuarto inconcluso que alguna vez, cuando todo esto haya pasado, será un baño. Compré el hielo en una fábrica de La Victoria, un bloque grande y macizo que metí dentro del barril aun cuando me chamuscaba los dedos y las palmas de las manos. Llené con agua el recipiente y sumergí en ella las primeras cervezas. Después puse los adornos sobre las pocas paredes que hemos podido levantar, a duras penas, en la azotea. Sobre los clavos colgué las cadenetas de papel cometa rojo y blanco que confeccioné la noche anterior para recordarles a todos los concurrentes que estábamos en fiestas patrias y que había motivos suficientes para tomar y comer. Até todos los fierros de las columnas que se erizaban en las esquinas, apilé los ladrillos y al colocar sobre ellos algunos tablones improvisé larguísimo sientos. Los cubrí con plásticos y colchas. Barrí el piso. Subí las partes desarticuladas de la parrilla y cuando dejé la última estaba exhausto: noté que me dolían la columna y las caderas, las vértebras me presionaban las piernas y entonces pensé en una gaseosa personal y me senté. Distendí piernas y brazos. Abrí la botella y la estaba tomando cuando mi mujer entró con la tinaja repleta de corazones y una ruma de cañas. Después vino aquello de su pelo, mi intento por amistarla con ella y el empujón. Luego me mandó a trabajar a su lado. Permanecimos así hasta que ella acabó su parte y se marchó. Ahora descubro que lo hizo deliberadamente.

–Vamos, qué esperas –me grita a la distancia.

No le respondo. ¿Para qué? Terminó de pinchar los últimos trozos, de mala gana, y voy hacia ella. Está parada frente al lavatorio y el caño está abierto. Aplastada por un chorro de agua, una olla repleta de papas se confunde con sus

manos: son pequeñas y oscuras, tienen muchas grietas, la piel áspera.

–Creo que todo está bien –digo, dejando mi carga a un lado del lavatorio.

–Lo dudo –me responde.

–No seas pesimista, gorda.

Está concentrada en lo suyo, de modo que no voltea a mirarme.

–No se puede confiar en ti –me dice.

–No sé de qué me hablas.

–No te hagas el sonso. Los ojos de Pinina.

Quiero decirle que estuve pendiente de eso toda la mañana y que incluso ahora, sin consultar el reloj, estoy seguro de que aún no es mediodía y de que para cuando lo sea coincidirán por lo menos tres de los cuatro medicamentos prescritos. Quiero decirle eso, quiero decirle también otras cosas, pero es mejor morderse los labios y llevarlo todo en paz. Dejo a la gorda con sus papas y bajo las escaleras, me topo con la puerta del cuarto de Pinina pero evito entrar aún. Cruzo el corredor y llego a la sala con el propósito de revisar el tablero que hemos pegado en la pared, a un lado del espejo. Lo miro detenidamente y más allá de lo que está puesto en él siento que es por su culpa que nunca más la gorda y yo podremos dormir bien: todas las noches despertamos y reconocemos la vigilia del otro o despertamos en solitario, con ojos agotados miramos sus indicaciones, las cumplimos estrictamente, y luego, en el sueño, lo observamos también, incluso más nítido que en el desvelo. En una hilera anotamos cuidadosamente todas las horas; en las otras, cada una de las medicinas que tenemos que aplicar puntualmente sobre sus ojos, por lo menos hasta que el mal remita. Reviso todo el cuadro en busca de las doce del día. A las diez le tocó atropina;

a las once, nada; ahora –lo estoy viendo– se alinean atropina, gentamicina, tobrex. Miro el reloj de pared. Faltan unos minutos. Repaso el orden de las dosis, tomo un vaso con agua, me dirijo al cuarto y sólo después de persignarme, de darme ánimos, abro y entro. Todo es oscuridad. Entre las sombras advierto una prominencia que hincha las frazadas y se mueve de manera insólita. No es necesario prender la lámpara. Es ella: tiene los ojos cerrados. Las imágenes de la Virgen de la Asunción, el agua bendita dentro de un pequeño frasco, los rosarios, las velas, rodean el temblor de su cuerpo, su lucha ciega, sin tregua, contra las tinieblas. Debo despertarla con un movimiento en el brazo y ella, automáticamente, abrirá los ojos, en actitud de espera, como lo haría un animal resignado a su suerte, como las ovejas de mi pueblo que ofrecen dócilmente la cabeza conscientes de que se les va a cortar el cogote. Abre los ojos; éstos relumbran, intermitentes, en la opacidad del aire: lo único que se puede advertir más allá de los párpados es el vacío. Hay restos de anteriores fármacos, sobre todo de gel, entre las pestañas.

–Despierta –le digo, y un vago dolor se expande en mi pecho–: Anda, Pinina.

Limpio los residuos y me encuentro con toda la ausencia de su vista. Nunca deja de sorprenderme. Uno se familiariza con la mirada hueca de las estatuas de los parques, en los libros; no con los ojos vacíos de alguien vivo. Cuando empezamos a medicarla sin desmayo para intentar que sus pupilas asomaran del interior de esas aguas blanquecinas, para que sus ojos ganen un color determinado –pardo, verde, lo que Dios quisiera– no podíamos contener las lágrimas, pero a mi mujer le temblaban tanto las manos que le era imposible encajar con precisión las gotas sobre lo que debían de ser los ojos de mi hija; todas escapaban por las mejillas de Pinina. Hasta

la llegada de Ramón tuve que cargar a solas con toda esa responsabilidad. Pero nadie lo reconoce.

Tengo una de mis manos sobre su frente y veo cómo sus dedos se enfurruñan en las colchas. La gota de gentamicina es pesada, sale del frasco con lentitud. Se balancea por algunos segundos y cae, sólida, sobre el globo ocular de mi hija, lo golpea con atrocidad. Pinina contrae las piernas como si la piquetearan en las pupilas. Espero a que las contorsiones amainen y repito la operación del otro lado. Debo aguantar la presencia de su dolor un par de minutos más para administrarle el gel. Ella balbucea palabras inconexas, absurdas. No puedo responderle: no entiendo lo que dice. Sé que quiero acabar pronto con esto, que me estoy demorando demasiado y que la gorda, arriba, encara todas pensando que soy un inútil.

—¿Cómo está? —me dice, reuniendo un cúmulo de desperdicios que afean el lavatorio. No he hecho ruido al acercarme pero ella me ha presentido, quizá por el ritmo entrecortado de mi respiración.

Creo que no tan mal. Es decir, un poco mejor.

—Ojalá.

Y se aleja. En la otra esquina se pone a contar los platos descartables.

—Llena los números del cartón —se acomoda los cabellos y le da un vistazo al sol—: Encima no has armado la parrilla.

Estoy por instalarme en la mesa de trabajo dispuesta en una de las esquinas cuando suena el timbre. Me asomo por encima del techo y distingo a Jacobo, encorvado por el peso de un costal sobre su espalda. Alza la vista y se lleva una mano sobre las cejas para formar una visera. Se ríe. Hago lo mismo. Bajo a grandes trancos, a pesar de mi edad, la escalera exterior de la casa: la actividad me hace olvidar los achaques.

–Debes trabajar –se ríe, siempre se está riendo–. La falta de movimiento es lo que te tiene así, todo viejo.

Su aliento es pesado, inconfundible, se impone sobre todo el olor de su cuerpo. Desde que lo conozco me he preguntado por qué siempre apesta de ese modo, incluso durante las actividades sociales, los aniversarios laborales. Alguna vez, durante alguno de los descansos que nos permitían en el trabajo –cuando estaba abierto aún y ambos teníamos empleo por igual– le pregunté aquello. Me dijo con total frialdad que no tenía agua, que a su barrio sólo llegaba un camión aparatoso que se instalaba a un lado de las covachas y dejaba a cada quien cantidades tan reducidas de líquido que apenas alcanzaba para lavar los trastos y las comidas antes de cocinarlas: el cuerpo entero de un hombre era algo suntuario. Por eso llegaba así al restaurante y sólo al final de la jornada, después de haber estado frente al horno por varias horas, aprovechaba el baño para enjuagarse la cara y la entrepierna. Le preguntaba siempre, incluso ahora, cada vez que lo veía, si se había aseado.

–Lo indispensable –me decía, riéndose–; mi mujer no necesita más.

–Se ve que la has acostumbrado bien, Jacobo –le respondo.

Jacobo se ríe con estruendo. A pesar de tener casi todas las encías desnudas y muchos dientes deteriorados, no ha perdido la vergüenza. Siempre se burlaba de mis manos de uñas cortas, de mi pelo parejo, y ahora me parece que entendía todo como la consecuencia de un puesto formal como el mío. Ahora que me encuentra bajo otra situación parece sorprendido al ver que, pese a mi ropa, mis uñas continúen cortas y mis cabellos ordenados. Las manos de Jacobo son ajadas y rudimentarias porque él siempre ha trabajado con ellas. Cuando

todo se acabó en el restaurante y nos vimos en la calle, a él no le costó encontrar otro trabajo. Unas semanas después estaba nuevamente frente a las brasas de una pollería, la piel brillante de sudor, los ojos supervisando cómo las aves daban vueltas y vueltas a unos centímetros del fuego.

—Acá no vas a encontrar hornos ni gallinas viejas —le digo, intentando una broma—; ni siquiera he armado la parrilla.

Trepa de un par de saltos la escalera con su costal de carbón a cuestas. Lo sigo fatigosamente y una vez arriba lo encuentro juntando las piezas de la parrilla que hemos alquilado. Saluda a mi mujer con una venia cómplice. Se pasa la mano por la frente y el pelo. Mira los anticuchos arrimados sobre la batea. Sus pupilas destellan: debe de imaginárselos quemándose o dorándose, y me pregunto si para un hombre como él aquello puede llegar a ser una verdadera vocación. Me inquietan muchas cosas de Jacobo. Por ejemplo, que siempre tenga el rostro grasoso, que transpire de esa manera aun cuando no ha empezado a trabajar, que parezca tan joven.

—Cuántas porciones son —pregunta. Repaso sus pelos mazacotudos, la ausencia de vellos en su rostro. Le doy una cifra.

—Vamos a necesitar más carbón.

Mi mujer lo mira y lo aprueba, y casi juraría que después de escucharlo se pone a trabajar con nuevos bríos. Por fin *alguien* está a su lado, piensa, digamos que un hombre de verdad. No siento envidia. Nadie podría envidiarlo. Cuando planificábamos las tareas de este día y yo sostenía que, por mi oficio y mi experiencia, tendría que atender a la gente y ella servir los platos y supervisar el control de los pagos, surgió la necesidad de una persona que se hiciera cargo de las tareas más duras: atizar el fuego, recalentar las carnes, mancharse con los carbones, olisquear durante horas ese humor espeso

que se impregna en las ropas y en los cabellos. Entonces pensamos en Jacobo. Recuerdo que cuando lo fui a buscar a su nuevo trabajo, en la avenida Aviación, y le conté nuestros planes y motivos, su rostro se llenó de algo así como orgullo.

—Si es por tu hija lo hago —me dijo, mientras nos acercábamos a la avenida Javier Prado y yo pensaba en la satisfacción de la gorda no bien supiera la noticia—: Imagino que Laura estará mal con todo esto, ¿no?

—Anda asustada.

—No es para menos.

Aquella vez, cuando volvía a mi casa con la frente pegada a la ventana del microbús, pensé en los problemas que, además de la propia ceguera, había desencadenado la enfermedad de Pinina: mi esposa estaba más esquiva que de costumbre, la distancia de nuestras conversaciones se había acentuado. Sin embargo era consciente de que también entraban a tallar la quiebra de la pizzería, el desempleo, mi edad.

—¿Y qué fue de Riquelme? —me decía, cada vez que yo llegaba de la calle.

—No tengo noticias —le contestaba, evitando sus ojos.

—Podrías trabajar de lo que sea en lugar de esperarlo sin conseguir nada —lanzaba sus dardos mientras se ocupaba en algo: lavar la ropa, mirar una sartén, recoger las migas de pan que había sobre la mesa.

—Si no hay trabajo para jóvenes, menos lo hay para los viejos.

—Y qué me dices de Lescano —me contestó—. ¿Qué me dices de él y de Mendoza?

—Me dijeron que comprarán los boletos aquí mismo —respondo—. No hay problema.

Cuando levanto los ojos para encontrarme con los suyos estaba ya de espaldas. Se acercó sin que me diera cuenta y luego de saber que todo estaba en orden se dio media vuel-

ta. No añadí nada. Sé que van a ser las dos y por eso estoy llenando de prisa el cartón en que llevaremos la contabilidad de las porciones y los números de las tarjetas vendidas. Me alegro cuando trazo aspás sobre los casilleros que corresponden a las tarjetas que yo he colocado.

–Con un poco de suerte las completaremos todas –digo, acercándome a ella, alcanzándola.

–Ojalá –responde, sin voltearse.

–No te pongas así. No debemos pelear hoy.

–No hables tonterías. Fíjate en los ojos de Pinina.

La encuentro quieta, casi congelada en una extraña serenidad. A pesar de la oscuridad su rostro relumbra, pálido como la cera. Siempre me ha parecido extraño el color de su piel, o más bien la inexistencia de color en su piel. Algunas veces se lo dije a mi mujer, pero inmediatamente ella se refería a una lista de parientes de su madre que habrían sido así y que por un golpe de fortuna –así decía ella– tocaron a nuestra hija. No objetaba otras diferencias: bajo todo punto de vista su aparición en este mundo era cosa de milagro y ponerlo en entredicho era de una horrible mezquindad. No nos importó que naciera con muy poco peso, que tosiera de manera constante, que los primeros días una maraña de pelusas le devorara el rostro. Su columna quebradiza, su debilidad, todas las amenazas que se cernieron sobre su cuerpo blando e invertebrado nos hicieron amarla y protegerla sin la menor reserva. Éramos conscientes de mi edad y de que ésa era la última posibilidad a la que nos podíamos aferrar. Por ti pasamos temporadas en las salas de los hospitales, perseguimos médicos y rodamos por diferentes consultorios: cuando de pronto no querías comer, cuando tus hombros no crecían en proporción, cuando descubrimos que tenías una pierna un poco más larga que la otra, cuando te comió la espalda, cuando tuviste esos problemas en

la rodilla que te impedían caminar. Y ahora tus ojos. Me paso la mano por el rostro y después la restriego contra la tela del pantalón, para secarla. Parece haberme sentido, o haber sentido mi voz. Empieza a moverse y automáticamente destapa sus ojos esperando las gotas como un polluelo ciego abre el pico a la espera de lombrices. Los cierra. Los vuelve a abrir intuendo que allá afuera el padre ha llegado con el alimento, la promesa de vida. ¿Será así? Aprieto los dientes y derramo las primeras gotas sobre sus ojos inútiles. Me equivoco un par de veces, trato de controlar mis manos. Gime, se empieza a sacudir como parodiando un exorcismo. Seco con un pañuelo los restos que se empozan debajo de las bolsas de sus ojos. Me estoy llevando nuevamente las manos a los míos cuando la puerta se abre y me obliga a contenerme.

—Disculpe, señor Isaac —dice la voz, temerosa. De pronto el rostro se desprende de la oscuridad y descubro a Ramón, que tiene los ojos muy abiertos. Cuando se acerca a mi hija, pese a que la ha visto en este estado innumerables veces, no puede evitar un sobresalto.

—No, muchacho, pasa. Me falta poco.

Ramón se sienta a mi lado, con una especie de unción, como si estuviese frente al sagrario o ante cualquier otro objeto sagrado, temeroso. De algún modo perverso es un privilegiado. Nadie ha entrado nunca a esta habitación a ver a mi hija. Nadie ha hecho los méritos suficientes excepto él, el más cumplido de los feligreses. Ahora que está con nosotros se va a encargar de la medicación, porque sus manos no le tiemblan y porque adora a mi hija. Al principio mi mujer y yo nos mostramos hostiles con él. Viéndolo aquí me arrepiento otra vez de todo cuanto hice.

—Ponle las que falten —digo—, mi mujer de seguro me reclama.

–No se preocupe, señor –responde. Después de unos segundos de vacilación se atreve–: ¿Cómo ha estado Pinina?

–Creo que mejor –respondo y abandono el cuarto. Después le repito lo mismo a mi mujer, pero como empieza a esbozar un gesto de desaprobación, me adelanto–: Ramón se quedó allá abajo, ya no nos preocuparemos de las gotas.

–Ya lo sé –me dice la gorda; está limpiándose las manos en el delantal y después se las mira–. La gente empieza a reclamar música. Fidel preguntó por ti. Está con Gabriel y Enrique.

–Iré por él.

Voy en busca de mi hermano y de mis sobrinos. Reparto saludos entre algunas personas que acaban de llegar. Reconozco a las hermanas de Laura. Llevan trajes sastre de colores enteros, joyas de fantasía, los labios pintados sin mucha gracia; ahora están sentadas sobre los tablones. Todas juntan las piernas; posan sus manos sobre sus regazos. No hablan entre ellas.

–Aquí está el equipo de música, tío –dice el negro Gabriel, vivaz. Se ha comprometido a montar guardia al lado del barril, despachando las cervezas.

–Gracias, hijo.

–¿Y la flaca? –se apura Enrique. Tiene entre los brazos una cantidad abrumadora de casetes piratas.

–Ahí dándole, sanando. Esperamos que con esta actividad todo salga bien.

–Para eso está la familia, tío –coinciden los dos.

–La familia nunca falla –agrega, concluyente, Fidel.

Nos sonreímos reconociéndonos uno en el otro. Después me disculpo: debo dejarlos porque Jacobo me hace señales con las manos. Intento escucharlo a cierta distancia y no puedo. La música criolla colma el ambiente. Me acerco. Está

engullendo una porción de anticuchos sin dejar de reír, se lleva el brazo a la cara para limpiarse los labios. Necesita vinagre; se está acabando y es necesario atizar el fuego porque la demanda de porciones crece. Le respondo que es mi mujer quien sabe de esas cosas. Al retirar mis ojos de los suyos distingo por un extremo las figuras de mis otros hermanos: Víctor, Salomón, Agustín. El mayor de ellos me abraza o, mejor dicho, pasa su brazo sobre mi hombro.

—¿Y la Pinina? —dice—. Quiero verla.

—Aún no, Víctor. Necesita descansar.

Me parece curioso que ahora todo el mundo le diga Pinina. Por mucho tiempo, mientras nos pareció sana, la llamamos por su nombre real; sin embargo, cada que se enferma, que languidece, nos es difícil tratarla como a una mujer de su edad y entonces volvemos a Pinina. Pinina porque era muy pálida, de un cabello muy largo, y un cuello y unos brazos muy delgados, como la niña de trenzas de la teleserie. Siempre se burlaron de mí diciéndome que no parecía mi hija. Y yo les dije siempre, entre risas, que tenían razón.

—Dos porciones —dicta Víctor.

—No tengo hambre, hermano.

—Dos porciones, Laura.

Me ha traído de un solo abrazo hasta el puesto de los anticuchos y ha insistido tanto en invitarme que acabo por ceder. Estás flaco, me ha dicho. Mi mujer se ve obligada a servirnos. Tiene la vista clavada en Víctor y le extiende los dos platos, como si ambos fueran sólo para él. Me estará maldiciendo y se estará maldiciendo por aceptar que yo reciba a la gente y me mantenga relativamente limpio, lejos del humo. Mastico las porciones de carne y las encuentro bien. Al lado de la gorda el rostro de Jacobo se desfigura: me regala un gesto de complicidad. Yo elevo teatralmente las cejas y le devuelvo una mueca de

aprobación: la comida está sabrosa. Él mueve la cabeza en un gesto afirmativo. Fidel se nos une con una botella de cerveza casi llena y me la extiende. Sorbe lo último que queda en su vaso y después me lo cede no sin antes arrojar sobre el piso los restos de la bebida. Cojo el vaso descartable. Me sirvo y le doy la botella a Víctor. No bien estoy terminándolo cuando mi mujer lanza un grito áspero, llamándome.

–Empezó a hacer frío. Tráeme una chompa.

Hay un viento de la tarde que golpea las ranuras del piso. Empuja las hojas, algunos platos descartables, otros objetos livianos. El sol casi ha desaparecido. Arrojo los restos de la cerveza y le cedo el vaso a Víctor. Me acerco a la escalera, bajo, entro en nuestra habitación y hurgo en el ropero. Encuentro la prenda y también una chaqueta. Me la pongo. Voy hacia el tragaluz para ganar los peldaños y paso por el cuarto de Pinina: no me resisto a entrar. Ramón la estaba observando; voltea hacia mí. Cierro la puerta instantáneamente y estoy por trepar los escalones cuando suena el timbre. Voy a la puerta de entrada. Ahí, aglomerados detrás de la reja, están los muchachos. Los reconozco con un poco de esfuerzo. Ya es casi de noche y se les ve tan distintos sin las camisas blancas, los michis, los saquitos negros. Llevan casacas, chamarras o chompas. Se nota claramente que tienen diferentes edades.

–Amigo Isaac –exclama Rubén, uno de los mayores–: acá nos tienes.

–Tío Palomino –agregan los demás.

Les doy la mano y les indico la escalera exterior. Suben. Por la manera en que se estrujan y por la soltura con que hablan deduzco que han estado bebiendo en otro lugar antes de venir. Siento una ligera decepción por eso, pero apenas los veo cerca de la parrilla, sosteniendo sus tarjetas y formando cola, cambio de humor.

–Tendré mucha hambre pero no me como los anticuchos de este parrillero –dice García, sonriéndole a Jacobo y apuntándolo con un dedo–. Ya ha matado a varios.

–Jacobo, no le vayas a poner mozzarella al anticucho –sonríe Vílchez, que lleva una camisa percutida, como siempre.

–Tranquilos todos. El hombre está chambeando –se retuerce Mendoza, a quien se le ve rarísimo con el cigarrillo entre los labios.

Jacobo los mira, se ríe, intenta secarse el sudor. Hace el amago de llevarse a la boca uno de los platos de anticucho que está sirviendo. Los demás se divierten, se codean, empiezan a comer sin precauciones, con voracidad, y eso confirma mis sospechas. Me junto a ellos, dejo caer mis brazos sobre sus hombros y pregunto qué tal, cómo va todo, si están ricas las porciones.

–A pesar de que las hace Jacobo –estornuda Lescano.

–No pudimos evitarlo –respondo.

–¿Cómo está tu hija, Isaac? –se anima finalmente Rubén; se ha agenciado una cerveza y me la extiende; él tiene un vaso lleno en la mano–. Cómo está la Pinina.

–Bien. Está bien.

–Ojalá sanen sus ojos.

Los demás callan. Ninguno la conoce, salvo él y Jacobo. Hace trece o catorce años, cuando era apenas una chica con aspecto de púber, ella se instaló en la caja de la pizzería porque la encargada estaba de vacaciones por un par de semanas y yo me atreví a sugerirle a la dueña que mi hija podría reemplazarla. La Nonna aceptó. Todos quedaron impactados por su palidez, sus ojos huidizos, su aire de niña huérfana. Permanecía a todas horas del otro lado de la caja, insegura, con un nudo en la garganta, temblando al revisar las boletas, contan-

do una y otra vez los billetes, recibiendo dinero falso, olvidándose pasar las cuentas de tal o cual mesa. Todos se solidarizaron con su fracaso. Pasados algunos unos días y después de incontables errores, la anciana me hizo ver, muy cortésmente, que mi hija era muy joven aún, que una niña no podía responsabilizarse de un cargo así en un establecimiento tan céntrico como el nuestro, en el centro de Miraflores. Yo quise decirle que no era tan mocosa como ella creía, que ya tenía unos veinte años, que con ese tipo de trabajos ganaría la confianza necesaria, que era lista y muy inteligente, pero callé al darme cuenta de que eso agravaría las cosas.

–Está muy cachorra para este trabajo –me dijo Rubén, ahora lo recuerdo. Estaba a un lado de la entrada, mirando la calle Mártir Olaya, sonriendo a los chicos que salían del colegio Champagnat.

–No tanto –le dije.

–Sí, claro que sí –dijo mi mujer. Pinina lloraba y temblaba a su lado. Yo, en el fondo, sabía que lo hacía por vergüenza, por haberme dejado mal ante mis jefes.

–Es una lástima, una chica tan buena –agrega Rubén.

–Ya se recuperará –respondo.

–Eso es muy difícil –dijo ella, rabiando–. Se ha asustado por tu culpa, Isaac.

Y ahora la veo acercándose a mí, los ojos enterrados en el piso, y me doy cuenta de que tengo su chompa en mis manos y de que lo había olvidado por completo. Es la alegría de ver a los amigos, de hablar con algunos después de tantos meses. Deberías entender, gorda. No ponerte así. No ahora. Me arrancha la prenda sin mirarme. Rubén le alcanza un vaso de cerveza, le hace un gesto de invitación, pero lo rechaza amablemente. Se retira mirando el piso, metiendo con furia sus brazos en las mangas. La música se vuelve estridente.

–Riquelme dijo que venía –Mendoza se acerca a nosotros botando humo por la nariz.

–Ojalá pague las deudas que me tiene pendientes –digo.

–Olvídalo, Isaac –dice Rubén–. No era su plata; un negocio quebrado es cosa muerta.

Me despido. El desplante me ha incomodado mucho. Más la seguridad de que debe de estar pensando que soy un inútil, un total inútil. Doy vueltas por aquí y por allá. Recojo algunas botellas vacías, tenedores que han caído sobre el piso, platos vueltos de espaldas. Los niños gatean, juegan con las chapas arrojadas y entorpecen el camino. Los esquivo como puedo y saludo a distintas personas animándolas a consumir más anticuchos: son deliciosos, mi mujer tiene buena mano, hemos contratado a un chef especial, un profesional. Voy de grupo en grupo animando, preguntando. La azotea se ha llenado de gente y eso me llena de optimismo. Las personas conversan, cacarean y tiran los restos de bebidas sobre el cemento. Los hombres sirven, escupen, portan botellas heladas desechando el frío que se adhiere a sus manos; las mujeres esperan, toman modosamente, devuelven los vasos de plástico a los hombres. Encuentro con la vista a un par de vecinos que toman en una esquina trabados en una charla animada. Ambos me ven y me enseñan sus vasos a lo lejos, como brindando. En la caja encuentro a Enrique. Me hace un signo de victoria: la cerveza está saliendo. Gabriel, a un lado, parapetado en lo que será el baño de nuestro segundo piso, despacha las bebidas sacándolas del barril. Sumerge su brazo hasta el fondo y las devuelve a la superficie como si se tratara de peces polares; las sacude, sus manos entumecidas por el frío. Me acerco a él y me meto en el puesto. Coloco las botellas vacías en las cajas; el hielo se ve como una luz subterránea dentro del gran recipiente. Me animo a lanzar arengas para

que la gente compre, y cuando mi mujer pasa por ahí elevo la voz. Salgo y me dirijo a la esquina donde colocamos el bote de basura. He reunido un buen grupo de objetos descartables y voy a arrojarlos. Laura conversa con Jacobo. Jacobo vuelve a reírse al verme. No hemos quedado en cuánto le vamos a pagar, pero hay gente: sabe que el monto dependerá de las ganancias.

–No importa si no va nadie –me dijo, orgulloso–. Lo haré por ayudar.

–Las cosas marchan –le digo a Laura.

–Todavía queda carne. Se tienen que emborrachar para que a medianoche les dé hambre. ¿Te has fijado en Pinina?

–Está con Ramón.

–Entonces llévale un plato de comida. Haz eso siquiera.

En la habitación hay apenas una luz débil e incidental. Es una lámpara colocada al lado de las medicinas. Ramón las revisa, sacude los pomos, me ve. Le muestro el plato de comida y asiente. Parece no tener hambre. No ahora. Toca a mi hija con el dorso de su mano y ella separa las pestañas instantáneamente. Sus ojos parpadean con frenesí, como punzados por una luz demasiado intensa. Ni ella ni yo sabemos cuál de los dos va a recibir la primera descarga. Ramón mide todo con frialdad mientras le da pequeños golpes constantes al brazo de mi hija. Limpia ligeramente las superficies enfermas, despega el gel que ha quedado entre las pestañas y se estira como una banda de goma. No puedo evitar ciertas náuseas, y pienso que debe de ser el efecto de la cerveza. El muchacho clava la gota con precisión. Nada resbala por las mejillas. Pinina se retuerce una vez más, pero un instinto más poderoso que todo su padecimiento la obliga a mantener los ojos abiertos esperando la segunda salva. Ramón vuelve a aplicar la gota milimétricamente. Su rostro se arruga cuando lo hace, y casi todos

sus rasgos pierden definición. Termina y consulta su reloj. Falta suministrarle las lágrimas. Espero unos minutos presenciando la impecable operación. Permanecemos en silencio y luego le extiendo el plato. Verlo, saber que está entre nosotros, es un alivio.

–Las lágrimas artificiales no son dolorosas –dice, forzando una sonrisa.

Cuando lo vi por primera vez, un día en que llegó para estudiar con mi hija, no sentí nada especial por él; a mi mujer, en cambio, le molestaron de plano su talla, el color de su piel, su pelo hirsuto, esas ojeras talladas de por vida debajo de sus ojos oscuros.

–Parece un mapache –decía.

–Agradezca a la señora de mi parte, señor Palomino –dice, tragando el último trozo de corazón.

Creo que fueron todos los prejuicios de la gorda y sus constantes letanías los que me llevaron también a mí a despreciarlo. La insistencia con que venía a casa, las horas que se pasaba en el cuarto de mi hija, las veces que se quedaba a dormir en el sofá después de trabajar, el hecho de que viviera donde vive, todo ello era irritante para mí. Con el tiempo, como quien se acostumbra a una dolencia que no tiene cura o a una cicatriz permanente, fuimos acostumbrándonos a él. Al final, inmersos en los problemas que ahora nos agobian, lisiados como estamos, él se convirtió en nuestra silla de ruedas. Me gustaría poder verlo como el hijo que nunca pude tener. No es que me sienta un padre incompleto.

–¿Crees que pierda la vista? –le pregunto–. Una hermana mía murió ciega.

–No, señor, no lo creo.

Me tiende el plato. Ha dejado una papa grande. Me levanto y lo dejo a solas con Pinina. Al salir, me trago lo que

ha dejado. Subo con pesadumbre. Arriba el ambiente ha mutado de un momento a otro. Han llegado mis primos de Yerberos: Porfirio, Alberto, Constantino. Lanzan gritos y cargan las botellas como si fueran armas. Las voces de todos se exasperan, el olor de la cebada se concentra en los primeros charcos de la azotea. Camino entre la gente. Hay algunas personas que alzan los brazos y se ponen a bailar, solas, sobre sus respectivos sitios, echando las cenizas sobre el piso, escupiendo sin reparos. Ahora retumba la cumbia peruana, la antigua. Ahora casi todos los hombres hablan al mismo tiempo; algunos pierden el control de sus manos y el líquido dorado contenido a duras penas por los vasos se derrama. A muchos no los reconozco. Acaso son los miembros del club distrital de mi mujer, sus paisanos de Carhuanca.

–Salud, hermano.

Fidel ha estado tomando a un ritmo parejo y sostenido. Se ha abierto el polo de lycra. Levanta ceremoniosamente el vaso enseñándome su contenido: su reloj centellea más que la cerveza.

–Somos familia –dice con dificultad, ya despeinado–. Somos ayacuchanos.

Su brazo me toma del cogote y me aprieta, mesa mis cabellos con amor. Fidel. Va a eructar, se contiene.

–Sí, somos una familia –repito.

–Y Laura una gran mujer.

Callo y asiento. Me sirvo la cerveza y se la levanto a Víctor, que acaba de llegar: se va a despedir, se siente un poco mal, está desencajado. Le digo que antes tenemos que tomarnos la del estribo. Y la trae Agustín. Nos abrazamos. Nos abrazamos todos. Entre los apretones de ellos, entre sus manos tan grandes, sus gestos fríos, me siento acompañado.

La gente empieza a moverse al compás de los acordes de una antigua guaracha. Las mujeres bailan entre ellas. Algunas se dejan acompañar por los varones más sobrios. Todos forman círculos, rondas que se devoran entre sí para generar rondas más grandes. Todos se toman de las manos; algunos no, debido a que sostienen con esfuerzo las botellas. Se despliega una sola circunferencia y entonces Jovita, mi cuñada, me jala de la mano instalándome en el ruedo. Me mantengo asido de la suya y cojo a la vez otra, sudorosa y blanda: la de mi prima Elisa. Al otro lado del grupo veo a la gorda, sus cabellos revueltos por el viento y el trabajo, su rostro empapado de sudor. Se mueve fuera de compás y por ello me percato de que ha estado bebiendo la última hora. No ha debido hacerlo. Jova me empuja hacia el amplio vacío que se abre en el centro; luego desenreda a mi esposa de entre la gente y une su mano a la mía; se retira con el rostro encendido, como después de una picardía adolescente. Entonces ambos bailamos. La gente se detiene sobre sus sitios, bate palmas, vitorea. Una vez más me siento avergonzado. Nunca he tenido coordinación y ahora encima siento que los huesos me rechinan. Recuerdo cómo empezó el día, el sueño escaso y entrecortado por tener que administrar las medicinas, las labores, el esfuerzo de traer el hielo, de subirlo, de ensartar los palos en los corazones. Quizá todo ello incida en este malestar. Mi mujer actúa como si estuviera sola, mira sus pies para asegurarse de que no se enredarán y no caerá sobre su rodilla, como en la mañana. Busco sus ojos porque esa música nos habla:

*Yo soy un muchacho flaco
pero de corazón tierno
y tengo una novia gorda
para pasar el invierno.*

La gente alrededor se estremece, nos arenga. Vamos, Laura, dice. Ánimo, Isaac. No me siento cómodo: algo extraño se apodera de mi estómago. No puedo cerrar los ojos porque inmediatamente me dolerá la cabeza. Me concentro en la guaracha, recuerdo que siempre nos gustó, desde que eras delgada. Me repito una y otra vez que pese a todo lo que hemos sufrido y a tus malos tratos, a que me responsabilizas por todo lo de Pinina, yo quiero estar a tu lado y junto a ella. Te sonrío pero no me ves, miras a la gente que nos rodea, celebras con alguien una ocurrencia, estás concentrada en tus movimientos. Siento vergüenza por tu desplante. La música termina. No agradeces al despedirte. Hago un gesto teatral barajando los aplausos. Me acerco a mis amigos, los primeros a quienes reconozco. Están ebrios. No distingo claramente lo que dicen; molestan a Rubén porque acude de nuevo al baño, presa de un gesto que ha desdibujado su cara. La música regresa. Ahora es un huaino el que retumba, el que sacude el piso. Es necesario unirse al resto, levantar el polvo del cemento. Siempre terminamos así, todos zapateando en torno de un árbol imaginario plantado en medio de nuestra azotea. Por los rostros incómodos, casi desfigurados, la gente parece más borracha de lo que seguramente está. Pierdo las manos de mi compañero de lado, las recupero, las subo y las bajo, pero la cadena se quiebra. Dos personas –Agustín, otra que no conozco– se retiran del corro; la desconocida se lleva las manos al vientre. Me alarmino cuando veo a mi hermano sentado en una de las pocas sillas. Se siente mal. Hace un puchero que no se interrumpe y dice, incorporándose, que está bien, que ya se retira. Empiezo a sentir un calor intenso en el rostro.

–Hay un problema con la comida –me dice otra mujer que no conozco, apoyada contra los ladrillos de la pared.

Pienso que sería necesario hacer algo rápido. Tendría que ser pronto. Mientras intento concentrarme soy consciente de la presencia de una picazón cruel en mis manos y en los pies.

Llama a Ramón –le digo a mi mujer, una vez que llego hasta ella–: estoy agotado. Él sabe qué hacer en estos casos.

–Llámalo tú –me dice–. Parece que no has hecho nada en todo el día.

Al descender las escaleras siento que mis piernas no responden. Es el cansancio, me digo. Abro la puerta del cuarto de Pinina: está en penumbras. El promontorio de la cama permanece quieto. Sonrío o creo que sonrío. Después de tantos días y tantas noches de batalla parece descansar en paz. Todo va a estar bien, Pinicha, ya verás. Cierro la puerta. Al voltear veo a Ramón que sale del baño y camina con dificultad a lo largo de corredor. Se está agarrando de la pared. La pobre iluminación no me permite ver su rostro; de pronto, seguramente por el alcohol, lo percibo torcido.

–Tenemos problemas arriba, muchacho. Serios problemas.

–Voy para allá en un segundo, señor –dice; su voz es distinta–. ¿Qué es lo que pasa?

–Todos están mal.

Y me alejo. Me ha dado un ataque de vergüenza por haberle pedido un favor sin preguntar cómo estaba. Subo con dificultad y me encuentro con algunas personas sentadas en las sillas, sofocadas. Algunas otras aún taconeán el cemento, indiferentes. Las cadenetas de papeles cometa yacen desmoronadas por el suelo. Hay botellas rotas también, cañas arrojadas, un reguero de comida. Mis ojos se apartan del cúmulo de desperdicios porque al centro de la pista sobresale la figura ondulante de mi primo Porfirio: se mueve absurdamente blandiendo en una mano lo que debió ser una botella de cer-

veza. Da varias vueltas sobre su eje y cae de bruces sobre el piso. No puedo reaccionar ante todo lo que pasa. Ramón no aparece. Voy a llamarlo de nuevo. Lo voy a hacer. Estoy tratando de despejar mi mente para saber en qué lugar exacto estoy cuando alguien, ya no recuerdo quién, me señala hacia la escalera y puedo distinguir la figura papal de Riquelme, enorme, colorada. Recobro un poco la lucidez. Es preciso evitar cualquier problema que complique mi jubilación, las deudas que me tiene. Voy derecho a la parrilla. Está apagada. Jacobo revisa frenéticamente los carbones, los ingredientes de su preparado. Le pregunto qué mierda está pasando, qué mierda le puso a la comida.

—No sé qué es, Isaac —responde frenéticamente—. La verdad es que no sé.

Tengo deseos de escupirle en el rostro, de golpearlo. Apenas puedo pensar en ello cuando me desplazo entre las personas arremolinadas en torno de Porfirio, tratando de evitar una escena desagradable. Mi primo arroja un espumarajo por la boca y se contorsiona sobre su espalda. ¿Dónde está Ramón? Doy un par de pasos en busca de él pero no distingo la dirección. Distingo sí a mi mujer a un lado, deshaciéndose de todos los trozos de carne que restan.

—¿Qué pasó? —le pregunto; siento que pierdo el equilibrio.

Ella derrama sus ojos en mí, por primera vez en todo el día, por fin. Los veo anegados de rabia, de asco, de un antiguo resentimiento. Es como si creyese que es la única persona capaz de sufrir verdaderamente por todo lo que nos pasa, como si fuera el padre y la madre de nuestra hija. Sostengo su mirada por algunos segundos y de inmediato ambos, lo sé, pensamos en los ojos de Pinina allá abajo, cerrados, abiertos. Aún estoy viéndolos ahí cuando, abriéndome paso entre la gente que desoye la fuerza militar del huaylas, que se expan-

de y se dilata a capricho por toda la azotea, me acerco a Riquelme, que exige su porción de anticuchos para llevársela, tarjetas en mano. Un ardor insoportable estruja mi estómago y amenaza doblarme en dos. Voy a decirle que tendrá que regresar con las manos vacías, que la anticuchada fue un éxito y que de todos modos agradecemos su colaboración: le devolveremos su dinero. Estoy por hablar así pero pierdo todo el aliento. La música se apaga de súbito. Jacobo ya no ríe, se tapa la boca con las manos.